LEANDRO **BONNIN**

EL GRAN TESORO

Catequesis sobre la **Misa** para niños de **Primera Comunión**



Al padre Heraldo,
que me enseñó
a amar la Santa Misa

Leandro Bonnin

El gran Tesoro

Catequesis sobre la Santa Misa para niños de Primera Comunión

2018

Bonnin, Leandro Daniel
El gran tesoro : catequesis sobre la misa para niños de Primera Comunión / Leandro Daniel Bonnin. - 1a ed . - Paraná : Bonnin, Leandro Daniel, 2018.
92 p. ; 20 x 15 cm.

ISBN 978-987-42-8242-2

1. Religión . 2. Devocionario para Niños. 3. Misa. I. Título.
CDD 242

Diseño de portada: Pablo Grimaldi

Corrección: Marcela Hereñú, Mary Nicoloff

Ilustraciones: Claudia Carolina Petrunior

Imprimatur
Mons. Juan Alberto Puiggari
Arzobispo de Paraná

ISBN 978-987-42-8242-2

Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Impreso en Argentina.

EL GRAN TESORO

ÍNDICE

I

La Preparación para la Misa y los ritos iniciales.

1. *¿Por qué tengo que ir a Misa todos los domingos?*
2. *¿Cómo puedo prepararme bien para la Misa?*
3. *Entrar en la casa de Jesús con alegría y respeto*
4. *El que canta bien… reza dos veces*
5. *Tu cuerpo también hace oración*
6. *¡Es tan hermoso pedir perdón… y saberse perdonados!*
7. *¡Gloria a Dios en el Cielo… y en la tierra Paz a los hombres!*

II

La Liturgia de la Palabra

8. *¡Silencio!*
9. *Un Dios que nos enseña a responderle*
10. *¡Aleluya!*
11. *¡Jesús está acá, hablándote a vos!*
12. *Los cimientos de nuestra vida*
13. *Un corazón capaz de abrazar a todos*

III

Liturgia de la Eucaristía

14. *Pan y Vino*
15. *El mantelito mágico*
16. *Mi pequeña ofrenda*
17. *Con los anteojos de la fe*
18. *La máquina del tiempo*
19. *De rodillas ante el milagro más grande de la historia*
20. *“El hombre con los brazos más largos del mundo”*
21. *“Padre nuestro”*
22. *Danos la Paz, Señor*
23. *Señor, no soy digno*
24. *“Tengo hambre, Señor”*
25. *No permitas que me aparte de vos*

26. Con María y como María
27. No te olvides: Él siempre te espera

IV

RITOS CONCLUSIVOS
28. Mi familia y nuestras familias
29. Lanzados hacia el mundo, donde Jesús también… está escondido.

V

PARA HACER UNA BUENA CONFESIÓN

VI

ORACIONES DEL CRISTIANO

VII

RESPUESTAS DE LA MISA……90

"El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido en un campo; un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder, y lleno de alegría, vende todo lo que posee y compra el campo."
Mt 13, 44

Presentación

Querido amigo:

Cuando tenía entre 8 y 12 años, me gustaba mucho leer. Me apasionaban especialmente las historias de aventureros que viajaban por los mares buscando tesoros escondidos, y luchaban por ellos, combatiendo contra piratas y afrontando dificultades de todo tipo.

Yo también quiero invitarte, en este librito, a hacer un viaje, y quiero hablarte también de un TESORO de valor incalculable. Un Tesoro que no está en alguna isla desconocida en un lejano mar, sino muy cerca tuyo. Es un Tesoro más valioso de lo que te puedas imaginar, y que, una vez encontrado ya nunca se agota.

Ese Tesoro es la SANTA MISA de cada domingo, la que se celebra a algunas cuadras de tu casa, y a la cual muchas veces has ido, aunque, tal vez… no siempre con tantas ganas.

Quisiera ayudarte a descubrir que detrás de todo lo que se ve está escondido Jesús, que es Dios Verdadero, y el Mejor Amigo que podés llegar a tener. En la Misa está Él hablándote, entregándose, haciendo de Puente y Escalera para subir al Cielo, dándose como comida.

Estas páginas las escribí pensando en vos, que te preparás para hacer tu primera Comunión o acabás de recibirla. Todavía sos un niño, pero ya tenés la capacidad de pensar, de reflexionar, de creer y de amar con mucha más profundidad que antes.

Te aconsejo que las leas lentamente, sin apresurarte. Si no entendés alguna frase o palabra, preguntá a tus padres o catequistas, o al sacerdote de tu parroquia.

Cada capítulo es breve, para que puedas dedicar algunos minutos diarios a leer cada uno de corrido, y en pocas semanas habrás concluido.

Mi anhelo es que al finalizar este recorrido –que espero disfrutes como un viajero cuando atraviesa los anchos mares- puedas vivir con mucha alegría la

Misa. E incluso te animes a compartir ese Tesoro con otras personas, especialmente con otros niños.

La mamá de Jesús, María, es quien más lo ha querido y lo quiere aún. Si abrís el corazón con sencillez y le decís: “Mamá, ayudame a conocer y amar más a tu Hijo”, no dudés que Ella pondrá en tu interior, el fuego del amor.

P. Leandro Bonnin
Mayo de 2018

Un agradecimiento enorme a María Laura, Miriam y el padre Ariel por los aportes en el trabajo sobre el texto, y a Juan Manuel, Ana y Victoria por haberlo “testeado” en sus etapas iniciales.

I

La Preparación para la Misa y los ritos iniciales.

1. ¿Por qué tengo que ir a Misa todos los domingos?

Antes de comenzar, me gustaría responder esa pregunta, que quizá le has hecho algunas veces a tus papás, especialmente cuando por algún motivo te acostaste tarde el sábado, o si el domingo por la tarde tuviste que interrumpir algo que te gustaba mucho para ir a la Iglesia… Tal vez incluso has oído a personas mayores decir: ¿no es lo mismo rezar en casa? ¿Es necesario ir a estar junto a otras personas?

Lo ***primero*** que tenés que saber es que Jesús, desde muy chiquito, y hasta que llegó a ser adulto, fue todas las semanas a los lugares de culto de su Pueblo. Siempre. No faltaba nunca. El rezaba en su casa, claro, todos los días, y muchas veces al día. Pero cada sábado se preparaba y con mucho gozo iba a la "iglesia" (que los judíos llaman sinagoga) con los otros miembros del pueblo judío. Yendo a Misa cada domingo desde niños, imitamos a Jesús, que desde su infancia iba a escuchar la Sagrada Escritura y a rezar junto con su Pueblo.

En ***segundo*** lugar, es bueno que recordés que antes de morir, Jesús compartió con sus amigos la "Última Cena". Allí, luego de darles el Pan y el Vino convertidos en su Cuerpo y su Sangre, les dijo "*hagan esto en conmemoración mía*". Es decir: les mandó que ellos, una vez que Él volviera al Cielo, hicieran lo mismo que sucedió esa noche. Después de resucitar el domingo al amanecer, se apareció varias veces a los apóstoles para que supieran que estaba vivo, y en varias ocasiones Él mismo volvió a partir el Pan y a dárselos. Por eso los apóstoles comprendieron que debían obedecer ese mandato de Jesús y reunirse siempre, pero no ya el sábado, sino el Domingo, para recordar que Jesús había resucitado. Así viene haciendo la Iglesia desde hace ¡2.000! años, en todos los países del mundo donde hay católicos.

En ***tercer*** lugar, y esto es muy hermoso, todas las cosas que nosotros valoramos las vivimos no sólo en la intimidad, sino que también las compartimos con los demás. Cuando te compran un juguete nuevo o te regalan algo que te gustó mucho, solés contarle a tus amigos o los invitás a jugar. Cuando cumplís años, no se te ocurre festejar solo en tu casa y comerte toda la torta… querés que otros participen de esa alegría. Así también sucede con la fe y con el amor de Jesús. Cuando lo vivimos junto a otros, la alegría crece.

En ***cuarto*** lugar, pensá, sencillamente –no sé si te gustan las matemáticas-:

la semana tiene 168 horas. De ellas, unas 60 horas las dedicás a dormir, unas 20 a jugar o hacer deportes, unas 25 a estar en la escuela y a estudiar… unas cuantas –no me animo a calcular- a estar viendo televisión o frente a la pantalla de la computadora. La Misa dura una sola hora, ¿te parece de verdad que es mucho? En realidad, ¡es muy poquito! Jesús se merece eso y mucho más, en acción de gracias por tantas cosas lindas que nos regala en la semana.

Así que… ¡vamos a Misa!

2. ¿Cómo puedo prepararme bien para la Misa?

Aunque no todos los niños actúan igual, es probable que cuando vas a participar de un cumpleaños o cuando en la escuela tenés que participar en un acto, trates de ir prolijo y arreglado. Ayudado por tu mamá, seguramente tratás de ponerte ropa limpia y que no esté arrugada. Y te fijás si tu cabello está bien peinado, ¿no?

Por otro lado, si te invitaron a mirar una película, o si participás en un evento de danzas y tenés que bailar allí, lo que más te suele molestar es llegar tarde. Y si mamá o papá se demoran en salir y llevarte, hasta llegás a perder la paciencia: querés ***estar temprano*** para aquellas actividades que consideras importantes.

Para ir a Misa, es bueno que cuidés también los detalles de ***presentación exterior***. Si le preguntás a tus abuelos o bisabuelos, quizás te cuenten que cuando eran niños tenían una ropa especial que sólo usaban el domingo para ir a la Iglesia. De ese modo, ellos manifestaban lo importante que era ese día, también por lo externo.

Además, es muy importante que podás prepararte con tiempo. ¡No te levantés 15 minutos antes de la celebración! Lo más probable es que llegués con la Misa ya empezada, y de mal humor, con cara de dormido y los ojos pegados... Y que surja alguna discusión en el camino, y llegués enojado a la iglesia.

Todo eso se evita haciendo las cosas con el suficiente tiempo. Si participás de mañana, es bueno que preveas –y le pidas a tus padres que te ayuden- levantarte lo suficientemente temprano para desayunar, despertarte bien –porque no es lo mismo levantarse que despertarse- y prepararte serenamente.

Otra cosa que puede ayudarte es escuchar música de Jesús en tu casa y camino a la Iglesia, y cantarla… así se va ***preparando tu corazón*** también para celebrar con júbilo. Disponiendo todo tu ser para ese gran encuentro.

3. Entrar en la casa de Jesús con alegría y respeto

Cuando Jesús se fue al Cielo, los apóstoles comenzaron a reunirse en casas de familia, ya que todavía no tenían sus propios templos. Además, durante bastante tiempo fueron perseguidos cruelmente y se les prohibía reunirse en lugares públicos: por ello solían hacerlo algunas veces no sólo en casas, sino también en los lugares donde descansaban los que habían muerto a causa de la fe, llamados mártires. Es emocionante pensar que muchos cristianos, incluso niños, ponían en peligro sus vidas –e incluso llegaban a morir- con tal de no "perderse" la Misa del domingo.

Pero poco a poco, cuando la Iglesia fue creciendo, y cuando las persecuciones disminuyeron, se dieron cuenta que era hermoso tener un lugar especial para reunirse, y así fueron surgiendo las capillas, las iglesias, las basílicas y catedrales tal como hoy las conocemos.

Recordá que son lugares sagrados, es decir, destinados sólo a la oración y el culto a Dios. No son lugares para correr –aunque los largos pasillos se asemejen a una pista de atletismo- ni para jugar –aunque pueda parecer divertido treparse a los bancos o hacer equilibro en la tabla del reclinatorio-. Son lugares para rezar, para escuchar a Dios, para adorar. Es necesario, entonces, que ingresés en silencio, y con una actitud de profundo respeto.

Pero hay una razón aún más profunda para esa actitud. En casi todas las iglesias, desde la puerta podrás ver una lamparita roja, que te indica el lugar donde está el *Sagrario*. ¿Qué es el Sagrario? Es esa especie de "caja fuerte", donde están guardadas las Hostias –pedacitos de pan- que fueron consagradas en Misas anteriores, y son ya el Cuerpo de Jesús. En el Sagrario, entonces, está Jesús mismo, Jesús Vivo, Jesús Resucitado.

Por eso al ingresar tenés que mirar el Sagrario y saludar al Señor haciendo un gesto muy bello: doblar la rodilla derecha hasta que toque el suelo, e inclinar levemente la cabeza. Este gesto –llamado "genuflexión"- significa: "Jesús, te adoro con todas mis fuerzas… Vos sos mi Dios". Realizá la genuflexión lentamente y con elegancia: al hacerlo, es como si estuvieras

dando un fuerte abrazo a tu amigo Dios.

También existe una linda costumbre: al ingresar al Templo, podés buscar el recipiente donde hay agua bendita, y mojándote la mano con esa agua, hacerte la señal de la cruz. Es una manera muy sencilla de recordar tu Bautismo.

Y no te olvidés: si llegás temprano a la Iglesia, podrás pasar adelante y ubicarte en los primeros asientos. Desde allí vas a poder ver todo mejor, vas a poder escuchar mejor, vas a tener menos posibilidades de distraerte… Adelante, la Misa se vive con más fruto. Ese es el mejor lugar.

Te recomiendo que al llegar al banco, te arrodillés durante unos instantes y cerrés los ojos. Y con mucha sencillez, decile a Jesús por qué cosas querés dar gracias, y cuáles querés pedirle. Así, ya estás casi listo para comenzar.

4. El que canta bien… reza dos veces

Cuando se cumple la hora, la persona que guía la celebración te invitará a ponerte de pie. Recordá que es importante que tu cuerpo asuma una actitud respetuosa. Estás delante de Dios y, por lo tanto, es conveniente que te parés con elegancia. No es necesario que estés rígido o tensionado, pero sí manifestando que sabés con quién te vas a encontrar.

Y luego se anuncia un canto de entrada. En muchas parroquias hay en los bancos o en una mesita libros de cantos. Es bueno que tengás en tu mano ese cancionero, para poder buscar los que se te indican, y poder seguirlos. Si no conocés el canto, escuchalo con atención: suelen ser melodías fáciles de aprender.

¿Por qué cantamos? Si te ponés a pensar, te darás cuenta que muchas veces cuando nos reunimos con otras personas hay música y se canta. Cuando en la escuela celebramos una fiesta patria, se entona el Himno nacional. Cuando se iza la bandera, se entona otra canción que expresa el respeto por la misma. Cuando vamos a un cumpleaños, se canta al que celebra su aniversario de nacimiento. Incluso cuando vas a alentar a algún deportista o a tu equipo preferido, se suele cantar para animar a quienes están compitiendo.

Cantar junto con otros crea y expresa un lazo. La unión de las voces que cantan todas juntas expresa la unión de los corazones en un mismo pensar y sentir.

Por eso cantamos en Misa: el canto nos ayuda a sentirnos y sabernos verdaderos hermanos, que tenemos un solo corazón y una sola alma.

Pero hay *dos razones más* para cantar:

Cuando alguien está muy triste o muy contento, las palabras solamente dichas no pueden mostrar suficientemente su tristeza o alegría. En cambio, si canta, eso que está en lo íntimo sale a la luz de modo mucho más claro. Lo mismo pasa en Misa: si sentimos tristeza por nuestros pecados o alegría por el amor de Dios, estas se muestran de manera mucho más potente cantando… Incluso te sucederá que al cantar una canción te "cambia" el estado de ánimo. Hay canciones que te ponen pensativo, y otras que te llenan de ganas de vivir, y otras que te dan coraje, y así sucesivamente.

Por último, cantamos porque así la letra de las canciones se graba en nuestra mente y podemos recordar partes importantes de nuestra fe. Por eso, incluso si una canción te gusta muchísimo por su ritmo o melodía, nunca olvidés que lo más importante es la letra, que siempre contiene una enseñanza, es la Palabra de Dios hecha canto. Si analizás las letras, podrás aprender muchas cosas importantes para tu vida. Cantando bien, con la voz, la mente y el corazón, rezarás dos veces.

5. Tu cuerpo también hace oración

Cuando comienza la Santa Misa, luego del canto de entrada, lo primero que realizamos es la **"Señal de la Cruz".** Este gesto lo conocés probablemente desde muy pequeño y, sin embargo, no siempre se realiza bien. En ocasiones lo hacemos muy rápido o muy pequeño, o con muy poca precisión, o descuidadamente…

Recordá: tu cuerpo, y especialmente tus manos, también tienen que rezar. Por eso:

- Intentá tener las manos juntas, con los dedos entrelazados o con las palmas pegadas una en la otra. Estos dos gestos son los que mejor significan la oración.
- Tal vez necesités colocar las manos en el reclinatorio, pero evitá apoyarte allí como si fuera una mesa o mostrador, o como si estuvieras terriblemente cansado.

- Cuando te sentés, mantené las manos juntas, o bien sobre las rodillas. Evitá ponerte a jugar con el cancionero, y mucho menos toques o molestes al de al lado, de atrás o adelante.
- No pongás las manos en el bolsillo. Ni cuando estás en tu banco ni, mucho menos, si pasás a comulgar. Si hace mucho frío… prevé llevar guantes.

Todo tu cuerpo tiene que participar de la Misa y ayudarte a atender. Por eso intentá también no girar la cabeza a un lado o hacia el otro, sino permanecer mirando hacia adelante. Si escuchás un ruido de una puerta, o el llanto de un niño pequeño, o el ladrido de un perro… no es necesario que mirés. La curiosidad es buena cuando se trata de investigar o estudiar, pero en Misa… no la dejés entrar. Tus ojos, tus oídos, tu cabeza, tus manos, tus pies… todo tu ser debe estar totalmente orientado hacia el altar.

6. ¡Es tan hermoso pedir perdón… y saberse perdonados!

Incluso las personas que más cerca están de Dios suelen equivocarse cada día. Por eso siempre que vayas a Misa, notarás que el Sacerdote invita a todos a pedir perdón por los pecados.

¿Qué son los pecados? Son los pensamientos, palabras y obras contrarias a los mandamientos de Dios. Sentirse mejores que los demás y despreciarlos es un pecado de *pensamiento*. Burlarse de una amiga por su aspecto físico es un pecado de *palabra*. Golpear a tu hermanito menor es un pecado de *obra*. También se puede cometer pecados cuando dejamos de hacer nuestros deberes: se llaman pecados de *omisión*.

Dios siempre nos invita a cambiar y está dispuesto a perdonarnos. Pero es importante que recordés algo. Hay pecados que son especialmente dolorosos para Jesús, y se llaman pecados *graves* o *mortales.* Ofenden gravemente a Jesús y nos hacen perder la amistad con Él. Si cometemos uno de ellos perdemos la amistad con Dios, también llamada “Gracia de Dios”. Esos pecados sólo se perdonan en la Confesión, es decir, contándoselos al sacerdote y recibiendo de él el perdón.

Existen, además, otros pecados llamados pecados *leves* o *veniales*. Éstos

también ofenden a Jesús, pero no nos hacen perder la Gracia de Dios. Esos pecados son perdonados al inicio de la Misa si rezamos la oración propuesta por el Sacerdote con verdadero arrepentimiento, y cantamos o decimos el "Señor ten piedad" con corazón humilde.

¿Te das cuenta por qué, entre otras cosas, es importante llegar temprano a Misa? Si te demorás cinco minutos, te perdés ese momento que nos hace tanta falta para ingresar en presencia de Jesús con el corazón puro. Ese momento donde experimentamos la alegría de ser perdonados por un Padre tan bueno.

7. ¡Gloria a Dios en el Cielo… y en la tierra Paz a los hombres!

En las Misas de los Domingos, casi siempre luego de pedir perdón, se canta o se reza una larga oración, tal vez una de las que más te cueste aprender por su extensión y porque contiene palabras difíciles: el Gloria. Es una oración bellísima, compuesta con muchos textos de la Biblia. La primera parte está tomada del canto que los Ángeles hicieron en la noche en que nació Jesús en Belén. Ellos alabaron a Dios porque desde que vino Jesús al mundo Él trajo la Paz a los hombres.

La oración contiene estas bellas palabras: "te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias…" y más adelante dice también a Jesús: "ten piedad de nosotros… atiende nuestras súplicas".

En esa oración hay como un resumen de todo lo que venimos a hacer en Misa, en un orden importante.

Ante todo, *alabar, adorar y dar gracias*. ¡Cuántas cosas hermosas nos regala Dios! Él crea cada día el mundo, hace salir el Sol, ordena a la Luna que nos alumbre, nos da el aire y el agua, los amaneceres y atardeceres, las plantas, los árboles, los ríos y montañas. Y esto sin pensar aún en las personas que están a nuestro alrededor: padres, abuelos, hermanos, primos, amigos, maestros… ¡cuánto para agradecer!

Y luego de agradecer, y con el corazón lleno de la seguridad de ser tan amados por Él, *le pedimos perdón*… y que atienda nuestras súplicas. Podemos traer a Misa todas las necesidades nuestras y las de los que amamos. Podemos pedir por nuestra familia, nuestros compañeros de escuela, las personas enfermas. Podemos pedirle a Jesús que nos ayude en una prueba,

o que cuando compitamos en nuestro deporte favorito nos vaya bien… Pero podemos ensanchar aún más nuestro ruego, y pedir por los niños que mueren de hambre en otros países, por los que son llevados a la guerra, o no son amados… “Atiende nuestras súplicas” dice la oración, recogiendo todo esto como en un racimo.

¡Qué hermoso es, por último, darnos cuenta como esta oración nos educa y nos enseña a ser agradecidos con todos, y no siempre pedigüeños y demandantes! ¡Qué lindo es que no sólo pidás cosas a tus papás, sino que también los alabés y les agradezcás! Así, su corazón se llenará de orgullo y alegría por el buen corazón de sus hijos, y habrá *paz en la tierra*.

II

La Liturgia de la Palabra

8. ¡Silencio!

Creo que una de las palabras qué más utiliza un maestro durante las horas de clases es “silencio”. Muchas veces con un tono de voz algo elevado, o bien decididamente enérgico. Alguna que otra vez, un compañero un poco más sereno o responsable, levanta él también su voz y dice: “¡Silencio, que la seño está hablando!”

Y es que cuando hay muchos niños reunidos, la tentación de hablar, decir chistes, hacer ruido con las manos, los pies o lo que sea… es muy grande. Y el silencio, quizá porque tantas veces nos lo piden con un volumen de voz fuerte, nos parece algo indeseable, casi como si significara: “aburrimiento” o “castigo”.

Sin embargo, pensá: cuando vos querés charlar con alguien de un tema que te gusta o te parece importante, seguramente también decís a los demás: “shhh, cállense, que no escucho”. O si estás viendo tu programa de televisión preferido o un partido importante, te enojás si justo alguien habla fuerte, y le decís… “¡silencio!”

El silencio es algo muy valioso. Sin el silencio, no podemos escuchar y, por lo tanto, no podemos comunicarnos unos con otros.

Sin el silencio, las palabras de alguien quedan como un simple “ruido” más, que no se puede apreciar ni interpretar.

En la Misa, el silencio es muy importante en muchas partes, pero de modo especial en lo que se llama **“Liturgia de la Palabra”** y que solemos denominar “las lecturas”. En cada Iglesia a la que vayás, vas a encontrar una especie de atril donde hay apoyado un libro grande forrado de rojo. El libro se llama “**Leccionario**” y el atril se llama “**ambón**”.

Lo interesante es que cuando alguien termina de leer –sea un niño, joven o adulto, varón o mujer-, aún cuando al principio dijo “lectura de la carta de San Pablo…” , concluye diciendo con intensidad “Palabra de Dios”.

¿Qué significa eso? ¿Es al final una carta de Pablo o de Dios? Cómo te habrán enseñado en catequesis, todos los libros de la Biblia fueron escritos por seres humanos iluminados por el Espíritu Santo. Por eso todo lo que está escrito en la Biblia, cada uno de sus libros con cada una de sus partes, es “Palabra de Dios”.

Pero más en concreto, quiere decir algo muy hermoso: en cada Misa DIOS NOS QUIERE HABLAR, DIOS TE QUIERE DECIR ALGO. A vos, sí, a vos en particular, como un papá o un amigo bueno que te estuvo esperando

toda la semana para contarte cosas importantes.

Es cierto que algunas lecturas de la Misa son difíciles. A veces tienen muchos nombres o palabras raras, otras veces mencionan lugares que ni conoces. Por momentos no es sencillo seguir el hilo. Pero quiero contarte algo muy bonito. En la misma Biblia se compara la Palabra de Dios con el pan que alimenta. Es comida, es alimento para el alma.

Las lecturas que se leen los domingos tienen el mismo efecto que el pan. Aunque a veces no comprendas todo y aunque no siempre entiendas el significado, las lecturas te alimentan, del mismo modo que un pedazo de pan te da fuerzas aunque no sepas exactamente cómo está hecho. Por supuesto que si, además de atender podés comprender, es más completo. Pero aún si eso no sucediera del todo, esa Palabra es algo importante para tu vida.

Por eso, en cada Misa, la persona que está guiando siempre dice algo parecido a lo de tu compañero de la escuela: “silencio, el Señor quiere hablar”. Escuchá con el oído del cuerpo, escuchá sobre todo con el oído del corazón, y tu vida será cada día más un reflejo de la de Jesús.

9. Un Dios que nos enseña a responderle

Quizá nunca te preguntaste cómo un día aprendiste a hablar. Obviamente no saliste de la panza de tu mamá pronunciando palabras, sino que fue ella misma la que te enseñó poco a poco a decirlas. Y es casi seguro que la primera palabra que dijiste bien fue “mamá”. ¡Seguramente ese día ella experimentó una de enorme alegría!

La Biblia nos dice que Dios es un Padre, que ama a cada uno de sus hijos, y cuida de ellos con una ternura tan grande que se asemeja –y supera- a la de la mejor mamá. Por eso Dios también nos enseña a hablar con Él. Nos enseña el modo de comunicarnos, de dirigirnos con cariño y respeto al mismo tiempo. En la Misa lo hacemos de diferentes maneras, y una de ellas se llama “Salmo responsorial”.

El salmo es esa oración que una persona va leyendo o cantando, casi siempre dirigida a Dios, y que se intercala con una frase que todos repetimos: “Cantemos al Señor, que se ha cubierto de Gloria” o “El Señor es mi pastor, nada me puede faltar”.

Es importante que en Misa repitás esa oración dando pleno sentido a cada

palabra, y no sólo como una máquina o un robot. Que tratés de escuchar lo que el salmista va diciendo, que siempre tiene que ver con lo que todos repetimos. Que pensés y digás desde tu corazón “Ten piedad de mí, Señor, porque he pecado”. Que no es lo mismo que decir “te doy gracias, Señor, porque me has librado”.

Esas frasecitas breves –llamadas ***antífonas***- se pueden transformar en pequeñas oraciones que cada día podés repetir a Jesús, en medio de tus tareas y ocupaciones. Hay otras más que aparecen y que Dios mismo te enseña en Misa, para que lo invoqués: por ejemplo, cuando termina la lectura, decimos “Te alabamos, Señor” o “Gloria a Ti Señor Jesús”. Y así, aunque parezca un poco raro, cuando te levantés el martes por la mañana y veás salir el sol podés decir, nuevamente: “te alabamos, Señor, por este nuevo día”. O si te sacaste una buena nota y todos te felicitan, podés decir con humildad y gratitud: “Gloria a Ti, Señor Jesús”

¿Ves? Sin que casi te des cuenta, en cada Misa, tu Papá Dios te enseña a hablar con Él. Ejercitáte durante la celebración. Respondé con fuerza y firmeza –aunque sin gritar- y la lección te acompañará a todas partes.

10. ¡Aleluya!

En algunas regiones de Argentina la gente suele gustar de un ritmo musical llamado chamamé. Como parte del chamamé –que se puede cantar pero también bailar- existe la costumbre de iniciar o finalizar con un grito prolongado e intenso, llamado “*sapucai*”. Muchos de nosotros hemos hecho *sapucai* sin pararnos a pensar qué puede significar, aunque casi con seguridad es un grito de alegría intensa, de júbilo, de regocijo

Y, ¿qué tiene que ver eso con la Misa?

Cada domingo se lee una lectura, luego el salmo, y una nueva lectura. Todos estamos sentados durante esos momentos. Entonces nos ponemos de pie y cantamos el ALELUYA. Y repetimos tres, siete o quince veces esa palabra… que probablemente no sabemos qué significa. Y es que casi no importa: el Aleluya es parecido al sapucai. Es una expresión de alegría, es como un grito de gol después de un partido difícil.

El Aleluya se canta con mucha fuerza especialmente el domingo de Pascua, es decir, el día en que Jesús resucitó de entre los muertos. Imagináte como si María Magdalena y las otras mujeres que vieron el sepulcro vacío y luego a Jesús Vivo, de tanta alegría que tenían, iban corriendo y gritando en su camino…

Cantamos el Aleluya antes del Evangelio porque entre todos los libros de la Biblia los libros de Mateo, Marcos, Lucas y Juan son los más importantes. Porque ahí es realmente Jesús mismo el que nos hablará, Jesús resucitado, presente en el sacerdote o diácono que lo proclama y en el texto. Por eso algunas veces se llevan velas y el incienso, para manifestar que algo especial, algo grande, está sucediendo.

Claro que no hace falta que gritemos, literalmente. Porque inmediatamente hemos de volver al silencio que nos permite oír. Y por ello inmediatamente antes de comenzar, el sacerdote se traza y nos invita a hacernos tres cruces sobre nuestro cuerpo: una cruz chiquita en la frente, otra chiquita sobre los labios y una última sobre el pecho.

Cada una de esas cruces –que realizamos en silencio- es como una "oración con las manos": "Señor, que tu palabra entre en mi mente, que tu palabra entre en mi corazón, que con mis labios pueda proclamarla". Con alegría de saber que estás vivo, expresada en el Aleluya.

11. ¡Jesús está acá, hablándote a vos!

Un domingo a las 8:30 de la mañana –sí, bien temprano- un chico como tantos otros estaba en Misa. Afuera llovía a cántaros, y en la iglesia eran muy poquitas personas. El chico jugaba al fútbol en un pequeño club, pero ese día no habría partido, por el estado del terreno de juego.

El chico soñaba ser algún día un importante periodista deportivo. Le apasionaba analizar los equipos de fútbol y sus figuras, aunque también entendía algo de otros deportes. Le gustaba escribir y hablar, y creía que podría llegar a ser un buen comunicador.

Y soñaba con tener algún día una linda novia, y luego casarse con ella, y tener muchos hijitos.

Esa mañana estaba en Misa, como otras veces. Pero cuando el sacerdote comenzó a proclamar el Evangelio, algo nuevo y grande sucedió en su

corazón. De pronto, cuando el sacerdote leyó lo que narra Marcos: “Jesús lo miró con amor y le dijo: «Sólo te falta una cosa: ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme»”, sintió que esas palabras no habían sido pronunciadas en el pasado por Cristo. Jesús las estaba diciendo ahí mismo, en esa iglesia, y el chico sintió que se las estaba diciendo a él…

Y luego, cuando el sacerdote explicó el Evangelio, y contó que Jesús seguía llamando hoy a algunos jóvenes para ser sacerdotes, y que siguiendo el llamado de Jesús las personas pueden experimentar una alegría inmensa… el chico ya no dudó más. No era el sacerdote el que hablaba: era el mismo Jesús quien lo invitaba a dejarlo todo y consagrarle su vida.

Al finalizar esa Misa, ese chico ya estaba seguro: sería sacerdote. No tenía ni idea de cómo llegaría a esa meta, pero la voz de Jesús había sido clara, en el Evangelio y la homilía.

Ese chico se llamaba… Leandro Bonnin. Eso me ocurrió un 9 de octubre de 1994, en un pequeño pueblo de Entre Ríos.

¿Entendés ahora por qué es importante estar atentos al Evangelio y a la explicación del sacerdote? En ellos, es el mismo Jesús que te hablará, hoy, y en cada Misa tendrá palabras importantes. Algunas tan importantes que cambiarán tu vida para siempre; otras, que te ayudarán a mejorar en pequeñas cosas, a comprender más hondamente la vida, a estar más alegre, a vivir con más paz.

Puede ser que algunas veces el sacerdote le hable a los más grandes, y te resulte difícil seguirlo. Sin embargo, intentalo siempre, porque en él también está Jesús escondido. Escuchá con todo tu ser: no me canso de insistirte. Si yo no hubiera estado atento aquel día… hoy no estarías leyendo este librito.

12. Los cimientos de nuestra vida

Hace unos años leí una hermosísima historia. En España, en el año 1936, hubo un gobierno comunista. Los comunistas no creen en Dios, y no sólo eso: piensan que la religión es algo malo para la humanidad. Por eso prohíben a las personas vivir públicamente su fe. Ese gobierno comenzó a perseguir a los sacerdotes católicos, y también a cristianos comprometidos.

Uno de esos cristianos que fue capturado se llamaba Francisco Castelló Aleu. Era un chico de 23 años, ingeniero y profesor, deportista y apuesto, que ya estaba planeando su boda con María, su novia. Como amaba mucho a Jesús, los domingos, luego de ir a Misa, dedicaba tiempo a visitar a familias pobres de los barrios de su ciudad, y jugaba con los niños, enseñándoles luego el catecismo.

Francisco fue apresado por los comunistas, quienes veían en él un enemigo de sus ideas. En el juicio que hicieron para condenarlo a muerte, lo acusaron falsamente de ser un espía de un país extranjero. Pero Francisco dijo: “Eso no es verdad. Ustedes me juzgan por ser cristiano. Y sépanlo bien: si tuviera mil vidas, las daría por Cristo”. Inmediatamente lo condenaron a morir fusilado.

Lo sorprendente fue que, a diferencia de otros condenados a morir, Francisco estaba sereno, e incluso contento. ¿Cómo era posible? Él creía verdaderamente en Jesús y en su Palabra. Tan cierto era eso para Francisco, que cuentan los soldados que lo fusilaron que mientras lo llevaban en un camión al lugar de su muerte, iba cantando: “CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA. Y EN JESUCRISTO…”

Y te cuento todo esto, querido amigo, porque en cada Misa del domingo el sacerdote te invita a rezar, a vos también, el CREDO, la oración que resume nuestra fe. Es importante que te sepás de memoria esa oración, mucho más importante que las tablas de multiplicar o que las reglas de ortografía. Porque las tablas de multiplicar son útiles para tu vida cotidiana, pero el CREDO resume la fe que te dará la Vida Eterna. Por eso:

Rezá el credo con firmeza, no de manera tibia y casi sin que se te escuche.

Rezalo pensando en lo que estás diciendo: estás hablando del amor de Dios Padre, de los momentos más importantes de la vida de Jesús, de la presencia del Espíritu Santo, de la Iglesia.

Rezá creyendo cada cosa, como creía Francisco. Él fue capaz de morir fusilado porque estaba realmente convencido de que existe LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y LA VIDA ETERNA. Él creía y esperaba verdaderamente que Jesús cumpliría sus palabras y sus promesas, y por eso fue capaz de afrontar la muerte con tanta fortaleza.

Rezá el CREDO con alegría y orgullo de pertenecer a la Iglesia católica, fundada por Jesús hace casi dos mil años. Una Iglesia que ha pasado muchas veces por persecuciones –como la que tuvo que pasar Francisco- pero que

nunca será destruida, porque está edificada sobre un fundamento muy sólido: la fe que nos ha dejado Jesús.

Rezá el Credo de tal manera que cada día –en la escuela, en casa, con tus amigos- podás sentirte feliz de vivir de la fe y de la esperanza, y así puedas ir cantando por esta vida, hacia la patria del Cielo. Donde Francisco y muchos otros que han llegado antes nos esperan.

13. Un corazón capaz de abrazar a todos

Cuando somos niños, una de las cosas más importantes que nos enseñan los mayores es a compartir. A vencer el egoísmo –que nos hace pensar solo en nosotros, a vivir centrados en nuestras cosas, a querer todo para mí- y pensar en los demás. A algunos niños les cuesta más vencer el egoísmo. Otros, en cambio, lo hacen con facilidad y naturalidad.

El egoísmo puede llegar también a nuestra forma de rezar. Una persona egoísta sólo reza a Dios pidiendo cosas para él: casa, comida, salud, trabajo, aprobar las materias… Es como si los demás desaparecieran, y el centro de la tierra fuera él.

La Misa nos educa y nos enseña también a vencer esto, ¿no es genial? Una vez que hemos rezado el Credo, nos invita a hacer lo que se llama “Oración universal”. La palabra universal es parecida a “Universo”, y significa, entonces, una oración que lo abarca todo y a todos. Una oración que no deja a nadie afuera, que tiene en cuenta las necesidades de cada ser humano.

Es hermoso saber, entonces, que en cada Misa estamos abrazando con nuestra oración a todos los hombres: los de China, los de Canadá, los de Sudáfrica, Filipinas, Suecia, Nueva Zelanda… Estamos pidiendo al Señor por todas las necesidades: las materiales y las espirituales, las más conocidas y las que son ocultas.

Porque Jesús en la Cruz murió por todos los hombres de todos los tiempos, y abrazó toda su realidad. Porque Jesús resucitado nos ha enviado a todos los pueblos. Algunas veces sufrimos al conocer el dolor que existe en personas en el otro extremo de la tierra… y pensamos: “yo no puedo hacer nada”. La Misa nos da esa posibilidad: hacer algo real por ellos, desde el Corazón de Jesús.

Pedile al Señor que esta oración universal te vaya ayudando a ser cada día más generoso y menos egoísta. A tener un corazón que abrace a todos.

III

Liturgia de la Eucaristía

14. Pan y Vino

Llegamos ahora a la segunda parte de la Santa Misa. La llamamos **“Liturgia de la Eucaristía”** Hasta ahora el sacerdote ha utilizado dos libros rojos grandes: el primero contiene las oraciones –llamado **Misal**- y el segundo las lecturas.

En este momento de la Misa, -casi como en una obra de teatro o una película- “entran en escena” dos elementos que a partir de ahora tendrán un gran protagonismo: el **pan** y el **vino**.

El **pan** suele tener la forma de unos redondeles bien blancos y finitos, con algún dibujo en relieve. Hay una hostia grande que está en la bandeja del sacerdote –llamada ***patena***- y otras más pequeñas en una copa con tapa llamada ***copón***.

El **vino** aparece junto con un poco de agua en unas botellitas llamadas ***vinajeras***. Suele ser vino tinto con un sabor un tanto dulce. Es vino real, con alcohol, que se prepara especialmente para la Santa Misa. El sacerdote pondrá un poco de vino con unas gotitas de agua en la copa más alta –sin tapa- llamada **cáliz**.

El Pan y el Vino pueden estar ya en el altar o ser llevados en procesión desde el fondo del templo. Seguramente alguna vez te han pedido que los lleves o te pedirán más adelante.

¿Por qué Pan y Vino son tan importantes?

Porque Jesús en la última Cena quiso elegir estos elementos para dejarnos a todos nosotros su presencia y su amor, hasta el fin de los tiempos. De entre otros alimentos y bebidas, los eligió y al finalizar los gestos y palabras que más adelante recordaremos, dijo: “hagan esto en memoria mía”

Pero –siguiendo con las preguntas-, ¿por qué Jesús habrá elegido estos elementos, y no otros?

El Pan y el Vino aparecen muchas veces en la Biblia. El pueblo de Israel fue alimentado con un pan bajado del Cielo –llamado maná- mientras caminaba hacia la Tierra Prometida, guiado por Moisés. El Vino fue siempre signo de la Fiesta y del Amor. Un profeta muy grande, llamado Isaías, anunció que cuando Dios salvara a la humanidad de modo perfecto, prepararía un gran banquete con abundante pan y vino de la mejor calidad.

Jesús durante su vida realizó dos grandes milagros relacionados con el Pan y el Vino. Multiplicó cinco panes y dos pescados y dio de comer a miles de personas, y convirtió 600 litros de agua en 600 litros de vino en una fiesta de

casamiento. Así Jesús preparaba el corazón de sus discípulos para creer en algo todavía más grande.

Podemos pensar todavía en dos cosas más: Jesús se quedó en la forma de pan –comida- y vino –bebida- para enseñarnos que Él quiere "meterse" dentro nuestro, como la comida y la bebida se "meten" dentro nuestro. Y para enseñarnos que así como no podemos vivir sin comer y beber, tampoco podemos vivir sin Jesús.

A partir de este momento, no te olvides: mira fijamente hacia el altar, donde están esas ofrendas. Muy pronto sucederá algo grandioso ante tus ojos.

15. El mantelito mágico

Uno de los trucos que suelen hacer los magos es colocar una especie de mantel sobre una mesa, poner sobre el mantelito algunos objetos que piden a integrantes del público y… ¡hacerlos desaparecer!. Con movimientos rápidos de manos y logrando captar la atención de un modo especial, parece que ese pequeño mantelito tiene propiedades increíbles, al punto de borrar elementos que segundos antes estaban allí. Con toda la gente asombrada y preguntándose: ¿y ahora, dónde está mi reloj?

Cuando el sacerdote recibe el pan y el vino, él también despliega sobre el altar una especie de mantelito, llamado *corporal*. Lo abre cuidadosamente y sobre él va colocando, con respeto y amor, el cáliz, la patena, el copón… que contienen el pan y el vino. La Misa está llegando a su momento más importante. Todas las hostias y el vino que están sobre ese mantel muy pronto serán transformadas. Ocurrirá en ellas –y solamente en ellas, no en las que quedaron en otro lugar- una transformación.

No van a desaparecer, como por arte de magia, sino que van a cambiar. Van a quedar llenas del Espíritu Santo y van a ser una ofrenda de amor para Dios.

Pero dejame que te diga ahora algo aún más bello: cuando vengás a Misa, vos también podés poner en ese mantelito TODA TU VIDA. Ahí, simbólicamente, podés poner las cosas que más te gustan y las que más te cuestan. Las personas que amás con todas tus fuerzas y las que te resultan pesadas. Podés poner tus éxitos y tus fracasos, tus sueños, tus ilusiones, tus miedos y preocupaciones.

En ese mantelito hay lugar para todo y para todos. Y todo lo que se coloque allí, a través de un pensamiento o una sencilla oración, todo eso quedará transformado. Tus juegos, tus horas de ensayo de un instrumento musical, la tarea de geografía, los pequeños trabajos que hacés en tu casa, los momentos compartidos con amigos, los minutos u horas en que pensás que vas a ser cuando seas grande… Todo eso podés dejarlo ahí, en ese mantelito. Y todo eso se ofrecerá a Dios. Será tu regalo, tu agradecimiento, tu "te quiero, Dios", de cada semana.

Y Él –al igual que los magos- te lo devolverá, pero ya no igual, sino lleno de su amor y su presencia.

16. Mi pequeña ofrenda

Un hecho emocionante que muchos niños viven durante su tiempo de catequesis –y que tal vez viviste ya- es cuando les toca hacer por primera vez la *colecta* en la Misa. Ir pasando banco por banco, extendiendo la canastita lo más lejos posible para que llegue a todos, es una especie de aventura, que puede tener algunas veces sus pequeños accidentes, o hacerte tentar de risa.

Ahora bien, ¿cuál es el sentido de ese momento? ¿No queda un poco mal que en el marco de algo tan sagrado que se está viviendo se pase a pedir plata a la gente? ¿Acaso es que tenemos que pagar para poder venir a la Misa, como si fuera una entrada o algo así?

Puede parecer raro y, sin embargo, esto es algo que los cristianos hicieron desde el mismo momento en que Jesús se fue al Cielo. Ellos se reunían a la "fracción del pan y a escuchar la enseñanza de los apóstoles", y nos dice también la Biblia que "ponían sus bienes en común". Con ese dinero, sostenían a los apóstoles para que ellos no tuvieran necesidad de trabajar con sus manos –y así pudieran dedicarse a tiempo completo a predicar la palabra de Dios- y además se distribuía a los más pobres, que tal vez no tenían ni para comer.

Pues bien: el dinero que la gente deja en esa bolsita o canastita cada domingo es para eso: para sostener a los sacerdotes que viven dedicados al servicio de la Iglesia; para pagar todos los gastos que tiene cualquier comunidad –por ejemplo, la electricidad, el agua o los impuestos, las velas, el

vino, las hostias…- y sostener las obras de apostolado, especialmente del servicio de los necesitados.

¿Y cuánto hay que poner? En primer lugar, si alguna vez pasaste la canastita o si prestaste atención cuando eso sucede, verás que no todos dejan dinero. No es obligatorio, ni tampoco hay una suma fijada. Cada uno pone lo que puede y quiere, de acuerdo a lo que le dicta su corazón. Jesús en el Evangelio nos enseña que lo importante no es la suma de dinero, sino la actitud con que lo hacemos, como una mujer viuda que fue al templo y sólo puso una moneda de cobre. Dijo Jesús al verla "ella puso más que todos los demás, porque puso de lo que tenía para vivir, no de lo que le sobraba".

Vos, ¿te animás a dejar tu pequeña ofrenda en la Misa del Domingo?

17. Con los anteojos de la fe

Hace unos años aparecieron por primera vez, como una gran novedad, las películas en tres dimensiones. Eran producciones parecidas a las demás, sólo que las imágenes tomarían profundidad, dando la impresión de que uno estaba un poco *dentro* de las escenas.

Eso sí: para poder ver "en tres dimensiones" era necesario ponerse unos anteojos que tenían un lado azul y otro rojo. Si ibas a ver la película sin los anteojos, era como todas las anteriores, e incluso hasta se veía un poco borrosa. Si, en cambio, los llevabas, las impresiones eran impactantes. Aparecía todo diferente: un mundo novedoso.

Para vivir y disfrutar la Misa es necesario también que te coloques unos "anteojos": los anteojos de la fe. Y la fe te permite descubrir algo increíble: no estamos nosotros solos cuando estamos en Misa. No está sólo el sacerdote, los monaguillos y la gente. En Misa, en cada Misa hay más, muchos más.

En la Misa, en cada Misa, los Ángeles del Cielo descienden junto al altar. Tu ángel de la guarda, ese que te cuida en todo momento, está ahí, a tu lado, intentando ayudarte a celebrar bien. Y centenares o millones de Ángeles se unen a nosotros –o, mejor dicho, nosotros nos unimos a ellos- para adorar a Jesús, especialmente cuando se acerca la Consagración.

Por eso justo antes de que el sacerdote tome en sus manos el pan y el vino, somos invitados a cantar "con los coros de los ángeles" el **Santo**. Es un canto que hace el Cielo y la Tierra a una sola voz, adorando y agradeciendo al Dios

que nos quiere tanto. Es un canto en el cual le damos a Jesús como una "bienvenida", porque se acerca el momento en que se hará chiquito sobre el Altar: "bendito el que viene en nombre del Señor".

No te olvides de los Ángeles: ellos viven continuamente adorando al Señor y cantando su gloria. Pedile a tu ángel custodio que en este momento de la Misa todo tu ser se pueda concentrar en lo único importante. Aunque no los puedas ver con tus ojos del cuerpo, con los anteojos de la fe, los sentirás bien cerquita.

18. La máquina del tiempo

Cuando yo era chico se hicieron muy famosas unas películas cuyo argumento central era el siguiente: un científico había encontrado una forma de "viajar en el tiempo", tanto al pasado como al futuro. Yendo hacia uno y otro, los personajes podían experimentar realidades que habían ocurrido hace 150 años o que aún no sucedían.

Todos disfrutábamos fascinados de esas pelis –y de series y videojuegos con argumentos similares-, preguntándonos: ¿será posible que algún día el hombre descubra un modo de viajar a través del tiempo? ¿De ir hacia el pasado o adelantarse al futuro?

Dejame que te diga algo fascinante, pero real: en cada Misa somos llevados como en una "máquina del Tiempo". En cada Misa el tiempo desaparece en su forma habitual. En cada Misa vos y yo podemos vivir verdaderamente algo que sucedió hace casi 2.000 años, y podemos comenzar a gozar ya de algo que sucederá en el futuro. Y esto realmente.

Sí, amigo, porque nada es imposible para Dios. Y por eso es importante que cuando estés en Misa tu corazón y tu mente estén completamente abiertos.

En el momento de la consagración el sacerdote, lentamente, pronuncia las siguientes palabras: "tomó pan, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: tomen y coman todos de Él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por ustedes".

En ese instante –leé bien y pensalo bien- vos y yo "viajamos" en el tiempo y nos hacemos presentes en el Cenáculo, en esa habitación donde Jesús comió con sus amigos la Última Cena. Nosotros estamos arrodillados al ladito de Pedro, Santiago, Juan… la voz del Sacerdote es la voz de Jesús, el

Sacerdote –en ese instante- es Jesús mismo…

Y cuando el Sacerdote dice “tomen y beban, todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por ustedes y por muchos para el perdón de los pecados” vos y yo, y todos los que estamos en Misa, estamos espiritualmente en la cumbre del monte Calvario, es decir, en el lugar donde Jesús derramó su Sangre para salvarnos. Por el poder de su amor infinito, es la misma sangre que Jesús derramó el Viernes Santo por nuestros pecados la que se derrama y ofrece en el altar. Nosotros estamos allí, junto a María, a Juan y a María Magdalena.

Impresionante, ¿no? Por eso durante la Consagración procurá que todo tu ser permanezca encendido y atento. Si te ayuda, cerrá los ojos e imaginá a quienes tienes a tu alrededor. Imaginá el clima de la Despedida de la Última Cena. Imaginá el dolor de María ante la Cruz. Imaginá el amor de Cristo. Imaginá que la voz del sacerdote es la de Cristo.

Pero te dije que la “máquina del tiempo” nos llevaba también al futuro. Y es que cuando estamos en Misa –como te conté en un capítulo anterior- el “límite” entre el Cielo y la Tierra desaparece, así como el del Tiempo. Jesús nos dice que el Cielo será un Gran, Eterno y Sabroso Banquete, una fiesta, por los siglos de los siglos, donde Él mismo será nuestro alimento. Por eso más adelante el sacerdote va a decir, mostrando la Hostia: “dichosos los invitados al banquete celestial”

Cuando estás en Misa, cuando estamos en Misa, estamos ya sentados en la Mesa del Banquete Celestial. Cuando estamos en Misa, ¡la Fiesta eterna ya comenzó! El futuro feliz que Dios nos promete ya ha iniciado.

Ese es nuestro gran tesoro, nuestra “máquina del tiempo, más fascinante que todas las películas y videojuegos juntos.

19. De rodillas ante el milagro más grande de la historia

Los Evangelios nos cuentan muchos milagros de Jesús: curó a ciegos de nacimiento, a paralíticos que jamás habían caminado, a sordomudos que nunca habían escuchado ni pronunciado palabras… dos veces calmó el viento y el mar en medio de una gran tormenta, ¡caminó sobre las aguas!, resucitó a muertos…

Tal vez cuando escuchás esos relatos te da un poco de “envidia”: ¡qué

genial hubiera sido estar allí! Puede suceder que alguna vez le pediste a Jesús un milagro para un familiar o amigo enfermo, o la solución rápida y completa de un problema difícil… y eso no sucedió. Y tal vez pienses “a mí Dios nunca me hizo un milagro”

Amigo, quisiera que hoy puedas comprender algo maravilloso. En cada Misa sucede un milagro inmenso, el más grande, el más importante, aquel que supera a todos los demás.

En el momento de la Consagración, en el preciso instante en que escuchás al Sacerdote –a Jesús- decir “esto ES mi cuerpo” y “esta ES mi sangre” ahí, verdaderamente, desciende el Espíritu Santo como Fuego transformador, y EL PAN DEJA DE SER PAN Y EL VINO DEJA DE SER VINO. Ahí, sobre el Altar, sin cambiar su apariencia, se hace presente Jesús.

Seguimos viendo pan, pero es JESÚS. Seguimos viendo y tocando vino, pero es JESÚS.

Ese es un milagro más grande que todos los que hizo en su vida pública, y que la misma creación. Un milagro que no alcanzamos a ver habitualmente con los ojos corporales, sino al cual sólo accedemos por la fe.

Pero en muchas ocasiones Jesús ha querido ayudarnos a creer, haciendo que el pan tomara la apariencia de carne, y el vino la apariencia de sangre. Con facilidad puedes pedir a tus padres o mayores que te ayuden a buscar información sobre los “Milagros Eucarísticos”, especialmente uno ocurrido en Argentina.

Y sin embargo, aunque no veamos, sabemos, creemos, confiamos en que Él está presente. Por eso nos arrodillamos, nos hacemos chiquitos. Es el Rey de Reyes, es el Creador de todas las cosas. Es el dueño del mundo.

En ese momento, cuando el sacerdote levanta la Hostia consagrada y el cáliz, no pienses en muchas cosas. Sólo dile: “Jesús, te quiero. Jesús, te adoro. Jesús, gracias”. Gracias por este milagro de amor.

20. “El hombre con los brazos más largos del mundo”

Siempre me causó curiosidad leer sobre las personas que tenían características especiales: el hombre más alto, la mujer más pequeña, el hombre más viejo, la mujer más veloz. Cada tanto salían en las revistas o en

la televisión personas que ingresaban al libro “Guinnes” de los récords por haber superado alguna de esas marcas, atrayendo nuestra atención y causando nuestra admiración.

Un día comprendí algo muy hermoso: el sacerdote cuando celebra la Misa es “el hombre con los brazos más largos del mundo”. ¿Por qué? Porque los brazos del Sacerdote extendidos hacia lo ancho –como los de Jesús en la Cruz- abrazan a todo el mundo. Cada vez que venimos a la Misa, y especialmente luego de la Consagración, pedimos que el Amor de Jesús abrace a todos los hombres del mundo entero. Que abrace especialmente al Papa y al Obispo –por eso se los nombra siempre, siempre- pero también a quienes aún no conocen a Jesús. En ese momento, en tu interior, rezá también por nuestros pastores, así como por tantos amigos y familiares que todavía no vienen a Misa.

Y los “brazos” del Sacerdote –símbolo de su oración- son tan largos que atraviesan las fronteras de la muerte, e incluyen en esa oración a las personas que ya han fallecido, a nuestros queridos difuntos. No te olvidés de pedir allí por esos familiares –abuelos o bisabuelos, y quizá también hermanos, tíos, papá o mamá- que ya no están físicamente a tu lado. La Misa es el momento de la semana donde más cerca los podés sentir.

Pero esos brazos son tan extensos que llegan a unirse a María y a los santos del Cielo, como queriendo alcanzarlos y dejarse arrastrar por su amor y su ejemplo de vida unida a Dios. Cuando estás en Misa, estás más cerca de la Virgen y tus santos favoritos que nunca: ellos están con nosotros y nosotros con ellos.

Y esos brazos del sacerdote, al finalizar esa oración estando extendidos, toman nuevamente la patena con el Cuerpo de Jesús y el Cáliz con su Sangre, y se elevan, bien alto, bien alto. Mientras el sacerdote dice la oración “Por Cristo, con Él y en Él…”, imaginá que sus brazos son como una larga escalera, por la cual la humanidad entera puede entrar en el Paraíso.

Todo lo que trajiste a la Misa en tu corazón y dejaste sobre el “mantelito” penas y alegrías, proyectos, pedidos: todo eso se eleva hasta el trono del Dios infinito, a través de los brazos más largos del mundo, los del sacerdote. Por eso no dejés de decir bien fuerte, con alegría y agradecimiento: “AMÉN”. Añadiendo en tu interior “Yo quiero llegar al Cielo, donde parte de mi vida, gracias a la Misa, ya llegó”

21. “Padre nuestro”

Los apóstoles pasaban mucho tiempo con Jesús, y una de las cosas que más les llamaba la atención es que Jesús pasaba horas y horas rezando. Cuando ellos se despertaban por la mañana, muchas veces Jesús no estaba ahí a su lado: se había “escapado” a un lugar solitario. Y también por las noches, Jesús solía irse a dormir bastante más tarde que ellos, porque se quedaba hablando con su Padre Dios.

Por eso, una vez, intrigados, juntaron coraje y le dijeron: “Señor, enséñanos a orar” Y Jesús, ahí nomás, con mucha sencillez, como tal vez tu mamá, tu papá o tus abuelos hicieron con vos, les dijo: “Cuando oren, digan: Padre nuestro que estás en el Cielo…”

Es por eso que el Padre nuestro, la más perfecta de las oraciones (no la inventó un Papa ni un sacerdote, sino el mismo Jesús) no podía faltar durante la Misa.

Sobre todo porque Jesús quiso que en el medio de esa oración aparecieran dos pedidos muy importantes: “Danos hoy nuestro pan de cada día” y “perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”

¡Qué grande es el amor de Dios por nosotros! Le pedimos pan, y no sólo nos da el pan material –aquel por el cual tenés que agradecer cada día al sentarte a comer- sino que nos da el Pan de Vida, su Hijo Jesús. Cada día recibimos su amor, cada día recibimos la ayuda que necesitamos de Dios para poder ser buenos, cada día Él nos brinda lo que precisamos para ser parecidos a su Hijo. Y le encanta que se lo pidamos, y por eso cuando vengas a Misa, rezá esa parte con intensidad especial: “danos hoy nuestro pan/Pan de cada día”, incluso si aún no podés comulgar.

Pero la oración que sigue es también muy importante: “perdona nuestras ofensas… como también nosotros perdonamos”. El amor que recibimos de Dios no puede quedar dentro de nosotros. Es más: si tenemos el corazón cerrado, si no queremos perdonar, tampoco nosotros seremos perdonados.

Jesús dijo en otro lugar: “si al presentar tu ofrenda ante el altar recuerdas que un hermano tiene una queja contra ti, deja tu ofrenda, ve a reconciliarte con tu hermano, y sólo entonces preséntala”. Quizá en este momento de la Misa te acordés que necesitás perdonar o pedir perdón a alguien… y es obvio que no podés irte de la Misa en ese momento y volver… pero pedile a Jesús que te de la fuerza y la decisión de reconciliarte con todos. Para que puedas

decir verdaderamente: “Padre nuestro”.

22. Danos la Paz, Señor

Seguramente muchas veces mientras estás en tu casa el televisor está encendido, y has escuchado hablar sobre países que están en guerra. Casi siempre las noticias son lejanas, nos hablan de Corea, o de Siria, o de países africanos, o de atentados terroristas en Europa o Estados Unidos. Quizá, algún enfrentamiento en un país centroamericano.

También cada año en la escuela recordás a diferentes próceres de la historia de la Patria, como San Martín, Belgrano o los héroes de Malvinas. Siempre recordándolos como cosas del pasado.

Eso podría hacerte pensar que en Argentina “estamos en paz, porque no hay guerras”. Lo cual sería verdaderamente ¡un error!

Es cierto que en nuestro país no hay guerras con armas todos los días, ni hay dos ejércitos frente a frente matándose. Pero también es cierto que hay muchos enfrentamientos: personas que ejercen o sufren violencia, matrimonios que se alejan y se separan, hermanos que se pelean por dinero o por envidia… Niños que sufren agresión por parte de sus compañeros, jóvenes que por efecto de las drogas llevan una vida en la agresividad y el permanente enojo…

En la última Cena, Jesús dijo unas palabras muy lindas y muy importantes, que el sacerdote en la Misa le recuerda: “Señor Jesucristo, que dijiste a los Apóstoles: ´la paz les dejo, mi paz les doy´, no tengas en cuenta mis pecados sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tus palabras, concédele la paz y la unidad”.

Son palabras llenas de confianza. Si Jesús en la Última Cena las pronunció, y en cada Eucaristía renovamos su entrega en la Cruz y en la Cena, no podemos dudar de que en cada Misa Él quiere regalarnos esa paz. Es una necesidad tan grande, que al final del “Cordero de Dios”, cantamos, y en ocasiones varias veces, “danos la paz, danos la paz”.

¡Es un momento muy profundo! Es el único momento de la Misa en el cual el sacerdote puede invitarnos a hablar con el de al lado. Pero… ¡atención!, no es un recreo. No es para ponernos a hacer chistes, a apretarle la

mano al otro, a reírnos, a caminar entre los bancos.

Nos enseña la Iglesia que sólo debemos decir al otro: **“La paz esté contigo”**, y él nos responde **“y con tu espíritu”** o **“Amén”.**

Las decimos desde la certeza de que es Jesús mismo es el que nos da esa paz dentro nuestro, y nosotros nos volvemos como “canales”, para que esa paz llegue a los demás.

Las decimos –así tenés que tratar de decirlas- asumiendo como tarea –después de Misa- ser una persona que dé paz a los demás. Quizá algunas veces tus papás te dicen “con vos no hay paz”, o “se acabó la paz”. Jesús te llena de su paz para que sea al revés: para que entre los tuyos seas siempre factor de unión y de armonía.

23. Señor, no soy digno

Una vez Jesús estaba predicando, y se le acercó un centurión, que era como un general del ejército que tenía bajo su mando a 100 soldados. Era una persona, entonces, importante, que tenía un cierto poder y autoridad, que era respetado y obedecido por esos cien, y seguramente por otros más.

Este hombre había oído hablar de Jesús y se acercó a él porque tenía un servidor suyo enfermo. Cuando Jesús lo escuchó, le dijo que iba a ir a su casa, y el centurión, sorprendentemente, pronunció unas bellas palabras: “Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa… pero basta que digas una palabra y mi servidor quedará sano”.

¿Qué hizo Jesús? Nos dicen los evangelios que se quedó admirado por la fe de ese hombre, al punto de decir que no había conocido a alguien con tanta fe.

Y te cuento esto porque justo antes de comulgar, al terminar el ***Cordero de Dios***, cuando el sacerdote ya partió en dos la Hostia grande y puso un pedacito de ella dentro del cáliz, la Iglesia nos invita a decir las mismas palabras del Centurión.

El sacerdote levanta la Hostia –Jesús- y dice: **“Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo: dichosos los invitados al banquete celestial”**. Y todos respondemos: **“Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme”.**

¡Palabras preciosas! Palabras que expresan, ante todo, una gran *humildad*.

“No soy digno” significa darnos cuenta de que nuestro corazón no tiene la pureza que debería tener, que nuestros pensamientos, sentimientos y acciones muchas veces no son limpios: ¡estamos manchados!. Todos somos pecadores, ninguno merece recibir al Señor en la “casa” de su corazón.

Recordá que si tenés conciencia de haber cometido pecados mortales –como faltar a Misa un domingo por pereza, ofender gravemente a otra persona, desobedecer a tus padres en cosas graves, hacer trampa en la escuela deliberadamente para aprobar un examen…- y no pudiste confesarte NO DEBÉS ACERCARTE A COMULGAR. Tu acto de humildad y sinceridad –si estás en pecado- agradan mucho a Dios y son un inicio de un cambio.

Pero incluso si no has cometido pecados mortales, esta oración, hecha con profundidad, al igual que tantas otras oraciones de la Misa, van limpiando tu alma y haciéndola más capaz de dejarse transformar por Él.

Estas palabras, además, expresan fe y confianza. “Una palabra tuya” creó el mundo, “una palabra tuya” limpió al leproso de su horrible enfermedad, “una palabra tuya” resucitó a Lázaro de la muerte… Si una palabra de Jesús puede hacer tantas cosas, ¡cuánto más su mismo Cuerpo y Sangre, presentes en la Hostia consagrada!

“Nada es imposible para Dios”, le dijo el Ángel a María. Nada es imposible para Jesús, presente en la Eucaristía. Sólo es necesario que lo recibamos con humildad y profunda fe.

24. “Tengo hambre, Señor”

¡Cuántas veces por semana le decís estas palabras a tu mamá: “tengo hambre”! Al menos yo cuando era chico las repetía muy seguido. Tener hambre siendo niño es un signo de salud. No tener apetito, en cambio, significa que algo anda mal…

Todas las personas tienen –vos también- hambre corporal y necesidad de comer. Pero también tienen hambre espiritual, una necesidad de una comida rica, nutritiva y saludable.

Eso es Jesús: eso quiso hacerse por nosotros. Comida rica, sabrosa, nutritiva, llena de proteínas espirituales, de energía para vivir alegres.

Querido amigo: hay muchos hombres y mujeres adultos que no lo han descubierto. Que saben muchas cosas, conocen de muchas ciencias, son

incluso exitosos… pero no conocen este alimento, o, habiéndolo conocido, no han aprendido a saborearlo. Y que viven desnutridos, mal alimentados y por lo tanto, enfermos y débiles.

Vos, en cada Misa, tenés la oportunidad de decirle a Dios, tu Padre: “tengo hambre, Señor”.

En el momento de la Comunión, decile eso, sencillamente: “Tengo hambre de ti, Jesús… Necesito que entrés en mi corazón… necesito tu fuerza, tu luz, tu alegría… necesito que me hagas capaz de amar a los demás…”

No te distraigas con otras cosas. No pongás tus ojos en los monaguillos que van de aquí para allá, preparándose para la distribución de la Comunión. No te distraigas peleando por un cancionero, y si tenés el tuyo, busca serenamente el canto, y al entonarlo, hacelo pensando cada palabra que pronunciás.

Cuando hayas hecho tu primera Comunión y puedas ya comulgar en la Misa, intentá que todo tu ser se prepare y viva intensamente ese momento.

Dejá el cancionero en el banco o dáselo a otra persona. Caminá con respeto, con las manos juntas y actitud modesta y humilde. A medida que vas acercándote al lugar de comulgar, sigue rezando en tu corazón. Podés repetir frases de momentos anteriores de la Misa: “Señor, no soy digno… Una palabra tuya bastará para sanarme… Te alabo, te bendigo Señor, te adoro… Gloria a Ti, Señor” u otras oraciones que conozcás: “Jesús, en vos confío… haz mi corazón semejante al tuyo”. Podés también imaginar que tu alma es como un recipiente, y procurar ensanchar cada vez más su tamaño, para llenarte por completo de la presencia del Señor

Al llegar ante el Sacerdote o ministro, mantené tus ojos abiertos. Cuando la persona que va delante tuyo vuelve a su banco, incliná tu cabeza en señal de reverencia y, siempre con las manos juntas, acercate bien a quien te dará al Rey de Reyes. Podés también arrodillarte para recibirlo con el gesto que hicieron los Magos venidos de Oriente ante el Niño recién nacido. Te dirán: **“el Cuerpo de Cristo”**, y vos, procurá responder con firmeza **“Amén”**, antes de abrir suficientemente tu boca y mostrar tu lengua para que allí, como en un trono, depositen al Soberano de los siglos. Y siempre sin distraerte, volvé a tu banco…

Si todavía no podés ir a recibirlo al Señor, evitá ponerte a mirar curiosamente a las personas que pasan a comulgar, y cómo van vestidas o qué es lo que hacen. Procurá que tus pensamientos y tu corazón estén en Jesús. Decile también vos: “Jesús, tengo hambre de recibirte… vení al menos

espiritualmente a mi corazón”

25. No permitas que me aparte de vos

En uno de los primeros capítulos, te conté que en cada Iglesia hay un lugar muy importante y santo, llamado “Sagrario”, en cuyo interior se guardan las Hostias consagradas, el Cuerpo de Jesús. Los Sagrarios suelen ser de bronce –los hay también de madera-, y tener tapas hermosas, de metal o de madera labrada, para ayudarnos a reconocer la importancia de lo que contienen.

Querido amigo: cuando vos comulgás, te transformas en un ¡Sagrario Viviente! Jesús ya no está sólo en esa cajita a cuyo lado siempre brilla una luz para indicar su presencia. Jesús ahora habita en tu interior, en tu propio corazón.

¿Qué hacer, entonces, en ese momento?

En primer lugar, adoralo con toda la intensidad de tu fe. Imaginate a María, su mamá, en el momento en que supo que estaba embarazada, o cuando por primera vez lo tuvo en sus brazos. O también recordá a San José, y con cuánta fe y reverencia se arrodilló ante su hijo adoptivo en Belén. Imaginate también a su amigo Tomás, el cual, después de la Resurrección, metió su mano en la herida del Corazón de Jesús y dijo: “Señor mío, y Dios mío”. Decíselo vos también.

En segundo lugar, agradecé tantas cosas lindas que Él te regala, pero especialmente agradecele que se haya quedado tan cerquita y tan pequeñito, por amor.

También podés pedirle perdón por las veces que no sepas amarlo o imitarlo, por las faltas que Él y vos conocen…

Y podés pedirle todo lo que necesites para vos, para tu familia, para tus amigos, para las personas que te quieren… y también para los que no te quieren tanto. Pero sobre todo, pedile una gracia muy importante: poder ser siempre su amigo, cumpliendo con sus enseñanzas.

Podés decirle sencillamente: “no permitas que me aparte de vos”, “enseñame a querer a todos”, “ayudame a estar siempre alegre”, “yo quiero ser como Vos”, “quiero ser humilde y servicial”…

Si ponés tu mano sobre tu corazón, te aseguro que podrás sentir los latidos de ambos corazones, latiendo juntos. Él en vos y vos en Él. Aquí en la tierra y

hasta el Cielo.

26. Con María y como María

Estoy seguro que si te preguntara: “¿quién es la persona que mejor te conoce en este mundo?” me responderías, sin dudar: “Mi mamá”.

Y si nuevamente te interrogara, preguntando: “¿Y quién es la que más te quiere?” La respuesta sería idéntica, casi con seguridad.

Y si esto vale para todas las personas y para todas las madres, vale también para Jesús. Él, siendo Dios, no tenía una mamá. Pero al hacerse hombre, uno de nosotros, quiso tener una, y se preparó a la mejor de todas.

Si hay alguien que puede ayudarte a vivir la Misa con mucho fruto es María. Y esto por una razón muy sencilla: nadie lo conoce y lo ama tanto, nadie tuvo tanta fe, esperanza y cariño por Jesús como Ella.

Es por eso que en todas las iglesias, parroquias o capillas donde vayas a Misa, habrá siempre una imagen de María. No está allí sólo para que puedas rezar: está también para que le puedas pedir que te ayude a vivir cada parte de la celebración. Y así:

Alabar a Dios como María lo alabó en la casa de su prima Isabel, cuando dijo “Mi alma canta la grandeza del Señor…”

Escuchar a Dios como ella escuchó al Ángel cuando la invitaba a ser la Madre del Salvador.

Entregarte a Dios como ella se entregó cuando le dijo al mismo Ángel: “Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mí lo que has dicho”.

Adorar a Jesús –como te decía recién- y **recibirlo** como María lo adoró recién nacido y lo recibía y abrazaba con amor al tomarlo en sus brazos

Al finalizar la Santa Misa, también podés pedirle a María que te deje que podás llevar a Jesús a los demás, como Ella lo llevó a casa de Isabel, dentro de sí, llena de alegría y ganas de servir.

Esa alegría y ganas de servir a los demás serán como la “lucecita” que brilla al lado del Sagrario del Templo. Brillando en tu corazón y en tus ojos –y en tu sonrisa, y en tus palabras- le permitirán a otros descubrir que Jesús está vivo en tu corazón.

27. No te olvides: Él siempre te espera

Uno de los regalos más lindos que Dios nos hace son los buenos amigos. Personas con los cuales siempre podemos contar, que nos "bancan" en las buenas y en las malas. Seres que nos reciben y nos quieren tanto cuando estamos bien como cuando estamos tristes o preocupados.

Todos tenemos uno o dos –o más- amigos así. Pero, a medida que avanzamos en la vida, nos damos cuenta de que esos amigos no son perfectos. Aunque nos quieren mucho, no siempre pueden ayudarnos como lo necesitamos.

Por eso hay dos frases del Evangelio que nos tienen que llenar de alegría y esperanza. Dice Jesús en la Última Cena: "Yo no los llamo siervos, los llamo AMIGOS". ¡Sí, Él, el Rey de Reyes… nos considera amigos!

Y el mismo Jesús, unos días después, justo antes de volver al Cielo, dijo a los suyos: "Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo".

Esas palabras de nuestro Maestro se hacen realidad hoy, son ciertas, son indudables. Él, nuestro Amigo, está con nosotros noche y día en el Sagrario, donde se queda, por amor a su Iglesia, hasta que venga por segunda vez.

Por eso es hermoso que durante la semana tratés de pasar al menos una o dos veces por la Iglesia, y hacer una visita a Jesús, presente en el Sagrario. Tal vez incluso en tu parroquia o capilla hay momentos en los cuales se saca la Hostia consagrada del Sagrario, y se la expone sobre el Altar, para que todos podamos verla y adorarla.

Y, ¿qué podés hacer en ese momento? Es muy sencillo: ahí está tu Amigo. Arrodillate un ratito como expresión de tu fe y adoración. Miralo con cariño. Hacé silencio, para escuchar, porque Él está ahí hablando, siempre. Hablale con cariño y confianza. ¡No le tengas miedo a Jesús! Nadie te quiere tanto como Él.

Si estás contento, compartile esa alegría. Si necesitás algo, decíselo, sin rodeos. Si estás preocupado o triste, o tenés incluso ganas de llorar, no tengas vergüenza: Él sabe todo lo que hay en tu corazón, pero le encanta que se lo digas.

Él, tu Amigo, está siempre disponible… siempre tiene tiempo para vos. Aprovechá esa presencia, y tu vida va a ser cada día más hermosa.

IV

Ritos Conclusivos

28. Mi familia y nuestras familias

Muchas familias acostumbran a encontrarse una vez a la semana en la casa de los abuelos a compartir la mesa y una larga sobremesa. Algunos llegan más temprano, otros para la hora de la comida, y algunos recién al final.

En esos encuentros familiares, no sólo importa la comida, sino también encontrarse con el otro, y "ponerse al día" sobre lo que cada uno ha ido viviendo. Los más grandes cuentan sus achaques y enfermedades, los adultos sus cuestiones laborales, los jóvenes y niños sus vivencias en el colegio o en el deporte, o sus proyectos, o sus incipientes noviazgos. Todo es importante, en menor o mayor medida, y nos hace bien saber en qué anda el otro.

Algo parecido sucede en la Misa: al finalizar, casi siempre el Sacerdote u otra persona dan "avisos parroquiales". Algunas veces los mismos pueden ser largos e incluso aburridos. En ocasiones pueden ser difíciles de entender, o podría parecerte que no tienen importancia para vos.

Pero los avisos parroquiales nos ayudan a darnos cuenta de que la Iglesia y la parroquia o capilla donde vas a Misa es como una familia. Familia donde hay distintas vivencias y necesidades, donde a veces hay deudas que pagar y que entre todos debemos afrontar. Donde muchas veces surgen proyectos nuevos llenos de entusiasmo pero necesitados de apoyo, iniciativas de ayuda a los necesitados, eventos, espacios de formación…

Tal vez escuchés los avisos parroquiales y alguna vez pienses: "yo no puedo participar de ninguna de esas cosas", y puede ser verdad… hasta cierto punto. Porque hay un modo de ser familia, de ser cuerpo, de vivir la unidad, que es muy valioso: la oración. Rezando por todo y por todos, acordándote cada noche y diciendo simplemente: "te pido por la parroquia y sus actividades", vas a estar contribuyendo con eficacia al crecimiento de la Familia de Jesús.

Por eso, aunque tengas ganas de volver a casa, o se acerque ya la hora del almuerzo en lo de los abuelos con tu pequeña familia… tené un poco de paciencia, y escuchá los avisos de ésta, tu otra gran familia.

29. Lanzados hacia el mundo, donde Jesús también… está escondido.

En algunos cuentos que solía leer siendo niño, sucedía algo que aparece con claridad en uno de los más conocidos:“La Cenicienta”. Por si no lo conocés, te lo cuento brevemente: Había una joven que había recibido la visita de un hada madrina, quien le concedía transformarse en una bella princesa… hasta la medianoche. A esa hora, todo volvía a la normalidad, y su vida seguía siendo triste y difícil, gris, sin demasiada belleza.

He intentado mostrarte a través de estas páginas ese mundo maravilloso, escondido, que hay en cada Misa. Ángeles, Santos, Apóstoles en un Cenáculo, Monte Calvario, eternidad, María, José, y sobre todo, Jesús, tan vivo y tan presente en cada momento y lugar de la Santa Misa.

Pero, ¿qué pasa cuando esta termina?

¿Sucede como en esos cuentos, en los cuales, acabado el encanto, todo vuelve a su triste realidad? ¿Volvemos a una vida gris, fría, oscura, lejos de la presencia de Jesús?

No. De ninguna manera. La Santa Misa es el momento y el lugar donde Cristo está de modo más pleno y perfecto, más eficaz y evidente. Pero una vez que lo encontraste en la Misa, y allí los has adorado, y escuchado, y te uniste a Él, sos vos mismo, en primer lugar, quien debe llevar esa presencia a todas partes. Sos un Sagrario viviente que tiene como tarea llevar a Jesús a la casa de tus amigos, al aula donde día a día estás en clase, al patio de recreos, a la habitación que compartís con tus hermanos, a la casa de tus abuelos, a la cancha y al gimnasio…

Y no sólo podés llevar a Jesús: también en medio de las realidades cotidianas podés aprender a reconocer su voz. Jesús que te ha hablado en la Misa a través de las lecturas y la homilía y los cantos, te hablará a través de las personas, te susurrará cosas importantes al oído en tu conciencia, te dirá cosas bellas en un pequeño texto o en el consejo de un maestro, o incluso en el reto de tu papá.

Podrás encontrar a Jesús escondido en tu hermanito menor que te pide que jugués con él, o en tu hermano adolescente y sus ocurrencias, en tus abuelos o bisabuelos que te piden que les hagas un mandado, en la vecina de al lado que se pone contenta cuando la visitás, en ese compañero de escuela del cual todos se ríen y que espera de vos una palabra amable y una sonrisa.

Podrás encontrar a Jesús, y a María, y a los Ángeles y a los santos, a cada paso, en ese mundo nuevo y “encantado”, en el cual vivimos sin darnos cuenta.

Porque desde que Jesús nos amó con locura y se vino a vivir a la Tierra,

este mundo salido de las manos de su Padre es ya un lugar lleno de su presencia. A pesar del pecado, de las desobediencias que cometemos los seres humanos, de nuestras faltas de cariño y de alegría, Dios no se cansa de buscarnos para hacernos felices.

Vivir la Misa –ese tesoro escondido- con fervor cada semana te convencerá de que en realidad toda tu vida y vos mismo sos un tesoro valiosísimo.

Te dará las ganas necesarias para hacer de tu vida algo grande y hermoso, para alegría de tu Padre del Cielo y de las personas que te rodean aquí en la Tierra.

Para intentarlo estamos aquí. De la mano de María, ¡adelante!, hasta que nos sentemos con Jesús en el Banquete del Cielo.

V

Para hacer una buena confesión

Querido niño: estas preguntas tienen como finalidad ayudarte a realizar un buen examen de conciencia, es decir, a descubrir y reconocer, con la ayuda del Espíritu Santo, cuáles son tus pecados, para arrepentirte de ellos y confesarlos al Sacerdote.

Antes de recorrer los mandamientos para ver qué pecados cometiste, recordá: Dios te ama infinitamente. A Él le duelen mucho nuestros pecados, pero siempre está dispuesto a perdonarnos. Cada uno de tus pecados han sido pagados por Jesús en la Cruz: cuando te confesás, su Sangre cae sobre tu alma para purificarla.

¿Cuánto tiempo hace que no me confieso?

¿En alguna confesión anterior, no dije algún pecado grave por vergüenza o me confesé sin el debido arrepentimiento?

¿Cumplí con las penitencias anteriores?

Primer Mandamiento

Amarás a Dios sobre todas las cosas

¿Dudé de Dios, me enojé con Él? ¿Me quejo de Dios en los momentos difíciles?

¿Me avergüenzo de mi religión ante los que se burlan de ella?

¿Recé todos los días a la mañana y a la noche?

¿Participé en juegos que implican invocación a espíritus (juego de la copa, Charlie Charlie, etc)

¿Busqué o miré en Internet páginas vinculadas a la superstición, al ocultismo o al diablo?

Segundo Mandamiento

No tomarás el nombre de Dios en vano

¿Dije palabras ofensivas o burlas contra Dios, la Virgen, los santos o las cosas sagradas?

¿Juré falsamente o sin necesidad en nombre de Dios?

¿Me comporté bien en el Templo, o fui poco respetuoso?

Tercer Mandamiento

Santificarás las fiestas

¿Falto a Misa los domingos o fiestas de precepto pudiendo ir?

¿Me comporté mal en la Misa, estoy distraído, mal parado, charlando...?

Cuarto Mandamiento

Honrarás a tu padre y a tu madre

¿Obedecí a mis padres, superiores o maestros?

¿Les falté el respeto o les causé disgustos?

¿Les contesté mal, les grité?

¿Tengo buena relación con mis hermanos y compañeros?

¿Fui egoísta con mis hermanos?

¿Fui caprichoso con mis padres?

¿Fui responsable con las cosas de la Escuela - estudio, tareas-?

¿Ayudé en mi casa, o fui cómodo o haragán?

Quinto Mandamiento

No matarás

¿Causé algún mal físico a otra persona –golpes, peleas, etc.?

¿Deseé que le suceda algo malo a otra persona?

¿Guardo odio, rencor o antipatía a alguien?

¿Me he deseado vengar de alguien?

¿He sido burlón, me reí de los demás? ¿Insulté a alguien?

Sexto y Noveno Mandamientos

No cometerás actos impuros

No consentirás pensamientos ni deseos impuros

¿Miré cosas impuras en revistas, películas o en la televisión o internet?

¿Tengo malas conversaciones sobre sexualidad con otros niños o con adultos?

¿Dije malas palabras, o chistes malos?

¿Miré o toqué la intimidad de otros niños?

¿Jugué a ser novios, hice gestos indebidos para mi edad y condición?

Séptimo y Décimo Mandamientos

No robarás. No codiciarás los bienes ajenos.

¿Robé, quedándome con cosas que no eran mías?

¿Me quedé con algún vuelto de un mandado?

¿Fui dañino, rompí cosas que no eran mías –en la escuela, en casa, en el barrio-?

Octavo Mandamiento

No dirás falso testimonio ni mentirás

¿Mentí? ¿Le mentí a mis papás?

¿Copié en algún examen, o alguna tarea o trabajo de la escuela?

Pésame

Pésame, Dios mío, me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido. Pésame por el infierno que merecí, por el Cielo que perdí; pero mucho más me pesa, porque pecando ofendí a un Dios tan bueno y tan grande como Vos. Antes querría haber muerto que haberos ofendido y propongo firmemente no pecar más y evitar las ocasiones próximas de pecado. Amén

VI

Oraciones del cristiano

LA SEÑAL DE LA CRUZ

Por la señal + de la Santa Cruz,
de nuestros + enemigos
líbranos Señor, + Dios nuestro.

En el nombre del Padre, y del + Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

PADRE NUESTRO

Padre nuestro, que estás en el Cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad, en la tierra como en el Cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Amén.

AVE MARÍA

Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

GLORIA

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

SALVE

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida y dulzura y esperanza nuestra: Dios te salve. A Tí llamamos los desterrados hijos de Eva; a Tí suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. ¡Ea, pues! Señora abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima! ¡oh piadosa! ¡oh dulce Virgen María!

V. Ruega por nosotros santa Madre de Dios,

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

BENDITA SEA TU PUREZA

Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea, en tan graciosa belleza. A Ti celestial princesa, Virgen Sagrada María, yo te ofrezco en este día, alma vida y corazón. Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía.

ANGEL DE LA GUARDA

Ángel de la Guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, hasta que descanse en los brazos de Jesús, José y María.

BENDICIÓN DE LOS ALIMENTOS

Bendícenos Señor a nosotros, y bendice estos alimentos, que recibimos de tus manos generosas y providentes. Da pan a quienes tienen hambre, y hambre y sed de justicia a los que tenemos pan. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

EL ÁNGELUS

D: El Ángel del Señor anunció a María.

T: Y Ella concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

Ave María

D: He aquí la sierva del Señor.

T: Hágase en mí según tu palabra.

Ave María

D: Y el Verbo se hizo carne.

T: Y habitó entre nosotros.

Ave María

D: Ruega por nosotros Santa Madre de Dios.

T: Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

D: Oremos

Derrama Señor tu gracia sobre nuestros corazones y concede a quienes hemos conocido por el anuncio del Ángel la Encarnación de tu Hijo, que por su Pasión y su Cruz alcancemos la gloria de la Resurrección. Por el Señor Jesús, tu Hijo, que contigo vive y reina, en unidad del Espíritu Santo, y es

Dios, por los siglos de los siglos. Amén

MISTERIOS DEL SANTO ROSARIO

Misterios Gozosos (lunes y sábado)

1. La encarnación del Hijo de Dios.
2. La visitación de Nuestra Señora a Santa Isabel.
3. El nacimiento del Hijo de Dios.
4. La Presentación del Señor Jesús en el templo.
5. La Pérdida del Niño Jesús y su hallazgo en el templo.

Misterios Dolorosos (martes y viernes)

1. La Oración de Nuestro Señor en el Huerto de Getsemaní.
2. La Flagelación del Señor.
3. La Coronación de espinas.
4. El Camino del Monte Calvario cargando la Cruz.
5. La Crucifixión y Muerte de Nuestro Señor.

Misterios Gloriosos (miércoles y domingo)

1. La Resurrección del Señor.
2. La Ascensión del Señor.
3. La Venida del Espíritu Santo.
4. La Asunción de Nuestra Señora a los Cielos.
5. La Coronación de la Santísima Virgen.

Misterios Luminosos (jueves)

1. El Bautismo en el Jordán.
2. La autorrevelación en las bodas de Caná.
3. El anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión.
4. La Transfiguración.
5. La Institución de la Eucaristía.

ESTACIONES DEL VIA CRUCIS

1° Estación: Jesús es condenado a muerte.
2° Estación: Jesús con la cruz a cuestas.
3° Estación: Jesús cae por primera vez.
4° Estación: Jesús encuentra a su madre María.
5° Estación: Simón el Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz.
6° Estación: Verónica limpia el rostro de Jesús.
7° Estación: Jesús cae por segunda vez.
8° Estación: Jesús consuela a las mujeres que lloran por él.
9° Estación: Jesús cae por tercera vez.
10° Estación: Jesús es despojado de sus vestiduras.
11° Estación: Jesús es clavado en la cruz.
12° Estación: Jesús muere en la cruz.
13° Estación: Jesús es bajado de la cruz y puesto en los brazos de su madre María.
14° Estación: Jesús es sepultado.

VII

Respuestas de la santa Misa

S: En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.
R: Amén

S: El Señor esté con ustedes
R: Y con tu espíritu.

Acto penitencial.

Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

Otra fórmula

S: Señor, ten misericordia de nosotros
R: Porque hemos pecado contra Ti
S: Muéstranos, Señor, tu misericordia
R: Y danos tu salvación

Gloria. (Domingos y días festivos).

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias. Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor Hijo único, Jesucristo, Señor Dios Cordero de Dios, Hijo del Padre; Tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; Tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; Tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; Porque sólo tú eres Santo, sólo tú Señor, sólo tú Altísimo Jesucristo. Con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre. Amén.

Liturgia de la Palabra

(Final de la 1ª y 2ª lectura)

Lector: Palabra de Dios.

R: Te alabamos, Señor.

(Lectura del Evangelio)

S: *(Al inicio)* El Señor esté con ustedes.

R: Y con tu espíritu.

S: Lectura del Santo Evangelio, según San...

R: Gloria a ti, Señor.

S: *(Al final)* Palabra del Señor.

R: Gloria a ti, Señor Jesús.

Profesión de fe: Credo. (Domingos y festivos).

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

Presentación de las ofrendas.

S: *(Pan)* Bendito seas, Señor... será para nosotros pan de vida.

R: Bendito seas por siempre, Señor.

S: *(Vino)* Bendito seas, Señor... será para nosotros bebida de salvación.

R: Bendito seas por siempre, Señor.

S: Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

R: El Señor reciba de tus manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.

Plegaria eucarística.

S: El Señor esté con ustedes.

R: Y con tu espíritu.

S: Levantemos el corazón.

R: Lo tenemos levantado hacia el Señor.

S: Demos gracias al Señor nuestro Dios.

R: Es justo y necesario

S: *(Proclama el Prefacio correspondiente al día).*

R: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo.

Después de la consagración.

S: Éste es el Misterio de la fe.

R: Anunciamos tu muerte, proclamamos tu Resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!

Rito de la comunión.

(Recitación del Padrenuestro)

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Amén.

S: Líbranos... esperamos la venida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.

R: Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria, por siempre, Señor.

Rito de la paz.

S: Señor Jesucristo... vives y reinas por los siglos de los siglos.

R: Amén.,

S: La paz del Señor esté siempre con ustedes .

R: Y con tu espíritu.

S: Dénse fraternalmente la paz.

(Según sea la costumbre, se intercambia un signo de paz con los más cercanos).

R: Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros *(se repite dos veces)*. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz.

Comunión de los fieles.

S: Éste es el Cordero de Dios... invitados a la Cena del Señor.

R: Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya

bastará para sanarme.

S: El Cuerpo de Cristo.

R: Amén.

Rito de conclusión y despedida.

S: El Señor esté con vosotros.

R: Y con tu espíritu.

S: La bendición de Dios todopoderoso... *(todos se santiguan)* descienda sobre nosotros.

R: Amén.

S: Pueden ir en paz.

R: Demos gracias a Dios.